

índole actual de la sociedad americana.

Todos esos capitanes de empresa: hidalgos, letrados a medias, oidores y clérigos; todas esas mujeres abnegadas de la Conquista y dueñas plácidas y preñadas de buen sentido en la Colonia, parecen todavía su pervivir en el seno de nuestras sociedades americanas. El progreso evidente, el despertar de lo sexual, la libre vida de hoy, no bastan a derrocar todo lo que acumuló Santa Colonia en millares de días espesos e impenetrables. En libros como el de Ruiz Guiñazú puede mirarse, en fino y plateado espejo ese pasado, del que aun subsisten muchas tradiciones y por cuya causa todavía se tejen muchos dramas.

Aprenderemos así a buscar la verdadera filiación del criollo, que si mucho debe a España en gallardía y nobleza, en ambición y falta de espíritu práctico, no poco de su desgracia también, ha logrado de esos antepasados. América sigue en muchas cosas aferrada a lo colonial, y lo español, tan rico y colorista, nos ha transmitido espantosos defectos por la herencia pesada de prejuicios y falsas tradiciones.

Resumiendo, diremos que en el presente de América, sobre todo en lo político, la tradición española aun hinca su garra. Si España produjo más leguleyos que políticos y más juristas y teólogos que hombres de gobierno en el genuino sentido de la palabra, no es menos cierto que América ha sido más rica en tipos de caudillo y en generalotes ávidos que en estadistas.

De España heredó nuestro pueblo su andalucismo, su limitado sentido del progreso, su resignación dolorosa ante el mal. España se queja durante decenas de años de los daños del caciquismo y aun sigue soportando a los herederos del cacique civil, a los espadones estóldidos que reemplazan a los Lerroux, a los Dato y a los Albas de ayer.

El momento, propicio a las revisiones y revaluamientos de la Historia, puede dar una obra definitiva en que nuestro debe y haber con respecto a la Península quede grabado con definidos caracteres. Hora es ya de estrangular a la Leona de Castilla, de echar a pique las carabelas de Colón y de aventar las cenizas del Cid para dar paso a otro sentido de las cosas pretéritas. Ni hispanismo de Ateneos apolillados y Uniones Iberoamericanas ni historia empapada en prejuicios a lo Robertson y a lo Raynal.

Con aportes como el que motiva nuestro comentario, tal labor será posible en un futuro que deseamos.—*Ricardo A. Latcham.*

NOVELA

LEPRA DE ORO, por *Victoriano Lillo*

En otra ocasión he notado en estas mismas páginas la escasa repercusión que tienen entre nuestros novelistas las transformaciones que la técnica de la novela ha sufrido en los últimos años. La mayoría de los novelistas chilenos siguen cultivando una manera de hacer novela que alcanzó su culminación

hacia la segunda mitad del siglo pasado, con Flaubert en Francia, Dostoyevsky y Tolstoy en Rusia, Pérez Galdós en España, etc. Los nuevos módulos novelescos no les alcanzan todavía, y por eso siguen apegados a una fórmula novelesca que ya hizo su época.

En el caso de este libro (1), esta observación puede hacerse otra vez, aun cuando no revista precisamente un sentido puramente peyorativo. En efecto, en *Lepra de oro* hay valores dignos de mención, aunque la forma en que han sido vertidos no responda ya a la sensibilidad actual. Contrariamente a la tradición general de la novela chilena, *Lepra de oro* no pinta costumbres sino almas. En su esencia, presenta el conflicto entre un hombre de vida apacible, por ser campesino, y una mujer compleja, de raza forastera en todas las tierras—raza hebrea—y en la cual hay oscuros y desorientadores atavismos.

La solución de la novela—la muerte de la mujer por el hombre en un momento de arrebató que resulta difícil explicarse, a pesar de todos los antecedentes que acumula el autor—no parece la más satisfactoria. Esto no quita validez a las páginas, y en ellas debemos buscar otro interés.

Fuera del caso mismo que motiva la narración, hay en *Lepra de oro* una suma de personajes episódicos que tienen subido relieve. Patricio Rebolledo, desde luego, espíritu volteriano, ameno destructor de todos los valores, nietzscheano frustrado (ya que es empleado, moreno

y enteco y nada en él puede hacer pensar en la «bestia rubia» de Nietzsche). En seguida, el cura del pueblo, don Miguel, hombre santo y bueno, de pelo en pecho por lo demás, tolerante y comprensivo, que soporta con paciencia la turbulenta paganía de su grey y no vacila en hacer la vista gorda ante el amor de Arturo Salas, el protagonista. En un plano de menor realización, Mademoiselle Lemonnier, la amiga y compañera de Ester Hansen, una vividora entusiasta que coge «la flor del instante» y no dice nunca que no a la vida.

Al lado de esto, conviene destacar, como el reverso de la medalla, algunas escenas pintorescas, que dan el color local a la obra y que parecen postizos. Contar nuevamente en una novela, y sobre todo en una novela de introspección como es esta, una trilla, algunas topeaduras, y cierta procesión popular, resulta casi pura majadería. De esta manera la novela parece a ratos escrita para dar a conocer a los extranjeros cándidos que en Chile, como en cualquier parte, buscan lo exótico, algunas costumbres que el lector nacional ya conoce bien, tanto por la literatura como por la vida.

Dejando de lado estos elementos adjetivos, digamos algo sobre el nudo mismo de la novela. Hemos dicho ya que Arturo Salas se enamora violentamente de Ester Hansen, una misteriosa mujer que llega un día cualquiera a Quillota a vivir una temporada de vacaciones. Em-

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1930.

pujado por su amigo Rebolledo, que tiene de la mujer un concepto menos medioeval que Salas, éste se atreve a llegar a las últimas consecuencias. Una noche que ha sido excitado violentamente por la vampiresa, da el paso decisivo y obtiene éxito.

Si la novela se redujera después a contarnos lo que pasó entre ambos amantes, habríamos tenido simplemente una novela de alcoba más. Pero el señor Lillo se exige mucho más, y en los capítulos que siguen trata de desnudarnos las almas de los dos enamorados. La de Salas es muy simple: primitiva y rectilínea, parece escrito que el primer choque sentimental habrá de destrozarla. La de Ester Hansen, en cambio, simboliza la riqueza emotiva y el apetito de conocer la vida y apurarla hasta sus últimas consecuencias, que parece distintivo de las razas viejas. Hay algunos rasgos en esta pintura que revelan fina y penetrante observación; otros, en cambio, son insuficientes y parecen reflejo de lecturas. Pero, en suma, Ester Hansen es curiosa mujer y se clava en la memoria del lector. El último capítulo del libro, que cuenta la muerte de la mujer asesinada por su amante, está escrito con una frialdad de buen tono que el autor seguramente aprendió en Stendhal y sobre todo en Dostoyevsky. En *Crimen y Castigo* Raskolnikof no se analiza menos, no se contempla con más objetividad como este Salas de *Lepra de oro*. La mayor grandeza del primero estriba, entre otros antecedentes, en que su crimen fué

cometido por móviles filosóficos, mientras que a Salas se le ve aquí como simple víctima de una añagaza del instinto.

Sea como fuere, hay en esta novela algunos fragmentos dignos de la más atenta lectura. Uno de ellos es la carta que Patricio Rebolledo dirige a don Miguel, el cura de Quillota, para persuadirlo de que debe desprenderse de un viejo sillón de baqueta, que es una pieza de museo. Esta carta respira Anatole France por todos sus poros y es un trozo de buen humorismo. Otro fragmento interesante es el de la página 125, especie de análisis proustiano del enamorado que siente llegada su pasión a ese gélido punto en que las sensaciones ya no dan más de sí:

Sentía paradójicamente que la amaba más, sin dejar de *saber* al mismo tiempo que la separación se acercaba, lenta y segura.

En otras partes, sobre todo en los capítulos en que Ester Hansen cuenta su vida y especialmente cuando da a conocer sus viajes, el autor ha seguido muy fielmente la receta de Flaubert en tantas páginas como las que se enfilan en *Salambó* y en otros libros. No quiere decir esto que el señor Lillo disponga de un estilo primoroso como el que sostenía al vigoroso maestro de *Mme. Bavary*. Por lo contrario, su expresión es un poquito difusa y a veces cae en la impropiedad (en diversos parajes del libro, se ofrece *habían* por *había* como en la primera página y en la primera línea del volumen:

Amarrados a la vara de topear habían dos caballos enjacezados a la usanza campesina;

más el autor ha sabido introducir en su lenguaje cierta música, cierta cadencia feliz, que arrastra al lector a leer como con los ojos entornados.

Lepra de oro, si no por otros valores de que indudablemente no está dotada en abundancia, es una novela que marca en la literatura chilena una pista nueva: la pista del análisis psicológico ante un conflicto pasional. Y esto es insólito en letras como las nuestras, excesivamente externas y reducidas a temas campesinos en que los caracteres diferenciadores parecen haber sido amputados con dedicación ejemplar.—R. Silva Castro.

EMIGRANTES, por Ferreira de Castro.

El problema vasto y complejo que afrontan los que abandonan el solar nativo en busca de las soñadas tierras de promisión ha dictado más de una página y movido la pluma de no pocos escritores. Gama polícroma de sensaciones, mundo variado de matices, el emigrante, con su bagaje de ilusiones y proyectos ensueños e hipótesis, caídas y dolores, derrotas y triunfos, es un filón inagotable, rico para el buril del hábil forjador de ideas y engarzador de motivos y paisajes. En general, las obras de este jaez ofrecen un común denominador evidente. El dolor y la fe, la tristeza y la angustia, el triunfo acariciado y la derrota cruenta, actúan con idéntico

cortejo de sensaciones en la casi totalidad de los individuos de una misma capacidad sentimental y emotiva, como lo son la mayoría de los que emigran envueltos en la dulce y suave túnica de la ilusión. De aquí que para denunciar el valor potencial de una obra realizada con estos recursos básicos, ella ha de poseer el complemento de valores accesorios de fuerza indiscutible, de tal suerte que desglosándolos de sus méritos naturales—argumento y desarrollo—, estos pueden de por sí mantenerse, con agilidad y vigor, afrontando la responsabilidad de su propia marcha.

Emigrantes, de Ferreira de Castro, bien pudo, por el acierto de sus trazos generales, por la fuerza de su espíritu, por la envergadura de su construcción y por la indiscutible realización del conjunto, ser separada del rimero de producciones divulgadas con argumentos semejantes.

Ya hemos dicho que el motivo central de la novela poco dista de parecerse a ésta o aquella de igual filiación.—Manuel Bouza, el personaje protagónico, abandona sus tierras de un lejano poblado portugués, con la misma emoción, ensueño y esperanza con que se lanzan hacia las regiones doradas de América, italianos y rusos, españoles y polacos, serbios y croatas. El proceso es idéntico en la infinita gama de sucesos episódicos. Vencedor o vencido, el emigrante lleva a cuestas un tesoro de inquietudes y sensaciones. El escritor que se aboque a desentrañar estos matices complejos,